

JOSÉ MARÍA BALCELLS, *De Jorge Guillén a Antonio Gamoneda*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de León, 1998.

Poco después de dar a conocer una nueva edición de *El rayo que no cesa*, en Losada, José María Balcells continúa sus indagaciones críticas en torno a la poesía española contemporánea. Junto a la literatura medieval y a la escrita en el Siglo de Oro, la poesía española del siglo XX es el otro gran territorio literario en el que el catedrático de la Universidad León investiga de manera frecuente. *De Jorge Guillén a Antonio Gamoneda* se inserta aquí y constituye, como sugiere el título, una travesía crítica a través de dos momentos cruciales en la literatura contemporánea en nuestra lengua, el perteneciente a la generación de Jorge Guillén, de Rafael Alberti y de Gerardo Diego, y el de las nuevas generaciones de posguerra. En realidad, la mayoría de los textos incluidos en el volumen aborda aspectos que tienen que ver con la historia posterior a la guerra civil española, período que presenta, para la investigación, muchas más lagunas bibliográficas que su pasado inmediato. Asimismo, estos estudios, que resultan iluminadores para una mejor comprensión de la época y de sus autores, abordan temas que se hallan presentes en las pesquisas más arriesgadas de la modernidad. No falta, por ejemplo, la indagación en el diálogo entre vanguardia y tradición, que es acaso uno de los debates más persistentes a lo largo de la literatura del siglo XX.

El primer gran poeta tratado es Jorge Guillén. «El mito de Anaxárate en *Homenaje*» trata de las transformaciones de este motivo, que hace su aparición en la literatura áurea con las célebres líras de Garcilaso de la Vega y se prolonga como tópico hasta

variar por completo en el poema guilleniano. Bajo un fondo no menos clásico, aunque más actual, se desarrolla «Jorge Guillén y la superación del fin». Balcells conoce bien cómo en los textos del *Nuevo Testamento*, en Gonzalo de Berceo y en la literatura medieval, en Quevedo y en el Barroco, la presencia del fin de los tiempos constituye una de las obsesiones que conforman la visión de la temporalidad humana para Occidente. Aborda aquí el poema «El fin del mundo», perteneciente a *Clamor*, y a su alrededor teje un discurso crítico que informa también sobre el tiempo que nos envuelve y que ya indefectiblemente se precipita sobre nosotros: el fin del milenio y la presencia de las profecías apocalípticas. El investigador destaca —podría decirse que elige con Guillén— una actitud bien diferente al pesimismo y a las claudicaciones de la inteligencia a las que llevan no sólo los presagios que ruedan con la tradición sino la historia de un siglo plagado de señales apocalípticas: la universalización de la guerra, la destrucción de la bomba atómica..., a los que se podría añadir hoy todo un surtido de signos que apuntan hacia el fin. Balcells elige las palabras de *Clamor* y las presenta de nuevo en los límites del milenio: «Nada más fácil para la inteligencia que el abandono a un apocalipsis. Ninguna tentación seduce al ánimo vulgar como el desánimo». Y vuelve sobre la lúcida respuesta guilleniana incluida en *El argumento de la obra*: «No nos dejemos invadir por el desánimo. Evitemos la facilidad peor: el abandono al apocalipsis. Nuestro planeta sin brillo alcanza una altura de formidable crecimiento. Multitudes de todos los colores van empezando a ser humanas, y los ímpetus de reforma multiplican sin cesar la increíble potencia del hombre, de ese hombre

cuya capacidad de abyección es sólo comparable a su capacidad más sublime». El autor de *Cántico* advierte, en su madurez, que la historia cerca la creación literaria y establece unos límites más estrechos que los que pudo intuir cuando leía a Mallarmé, a Valéry, a San Juan de La Cruz. Advierte, además, sobre los peligros que acechan a la interpretación «caosista» de la historia, como dirá en otro poema.

También la historia marca el destino de la poesía de Rafael Alberti. Se nos muestra ahora al Alberti inmerso en los avatares políticos e ideológicos que tanta influencia han tenido en todos los dominios de la cultura occidental. Son estudiadas, sin embargo, parcelas a menudo soslayadas por la crítica albertiana, en concreto, los poemas escritos entre 1934 y 1937. Como es conocido, el autor de *Sobre los ángeles* sitúa su actividad creadora durante estos años bajo el signo de la revolución. Su viaje inicial más allá de las fronteras españolas, que le lleva hasta Rusia, modifica su visión del mundo. La fundación de *Octubre*, el contacto con AÉAR o, ya iniciada la guerra civil, su participación en el Congreso Antifascista..., hacen de Alberti, como de pocos poetas españoles de su generación, uno de los intelectuales y creadores más inmersos en las contradicciones y utopías de aquella hora. Pero Balcells destaca su otro viaje, el que le conduce hacia América y el que le permite escribir una serie de creaciones que poco tienen que ver con las que poco antes habían realizado, en torno a Nueva York, García Lorca o Moreno Villa. Alberti deja constancia, sobre todo, de su viaje por América Latina. Las circunstancias que allí lo llevan son precisas: recaudar fondos para apoyar a las familias que habían sido objeto de la represión tras el fracaso de la revuelta obrera de Asturias de 1934. El mundo que observa está marcado, así, por el compromiso político. Este periplo está descrito con brevedad y apunta a la elabora-

ción misma del poema-libro *13 bandas y 48 estrellas*. Especial atención merece el hallazgo albertiano de una realidad y una poesía que nada tienen que ver con el lugar del que procede. En «Veinte minutos en La Martinique» se muestra, además, la «otra» realidad, la del hombre negro que soporta la esclavitud. El poeta viene a situarse, en cierto modo, en el camino de lo que más tarde será el gran movimiento de la poesía negra en la colonia francesa. Sólo en 1939, debe recordarse, aparece *Cahier d'un retour au pays natal*, de Aimé Césaire, y sólo a partir de los años 40, con la publicación de *Tropiques*, se estrechan los lazos de la «negritud» entre las diversas regiones del Caribe. Alberti también ha viajado a Cuba y asimila, con el oído excepcional del que siempre hizo gala, los ritmos africanos de la poesía cubana. *Motivos del son* y *Sóngoro cosongo*, publicados por Nicolás Guillén al comienzo de los años 30, están muy presentes, según indica, en *13 bandas y 48 estrellas*.

No menos interesante resulta el texto que se dedica a analizar la visión albertiana de México. Alberti lee en la cubierta del barco que le aleja de Cuba la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo. El libro, adquirido curiosamente en una librería de París, va a estar muy presente en su visión del país. En «Méjico (el indio)», además, el poeta se interna en la interpretación del mundo mexicano y se aparta de las visiones ofrecidas por Diego Rivera. Balcells cita el pasaje:

Se sabe, se comprueba que no eres
esa curva monótona y sin músculo
que por los anchos muros oficiales
Diego Rivera ofrece a los turistas.
Contra el gringo que compra en tu retrato
tu parada belleza ya en escombros,
prepara tu fusil. No te resignes
a ser postal de un álbum sin objeto.

El poema de Alberti puede verse también aquí en el camino por el que habrían de transitar numerosos exiliados españoles después de la guerra, y numerosos europeos. Pienso en los poemas de Cernuda y Moreno Villa dedicados más tarde a los dioses mexicanos. Pienso en otro viajero, en André Breton que encuentra en Rivera, apenas unos años más tarde, una imagen muy diferente a la que ofrece el poeta español. La visión mexicana esboza, sin duda, un sendero por el que la literatura española va a transitar frecuentemente desde 1939.

Los artículos que siguen se acercan a la obra de Gerardo Diego y a la encrucijada entre vanguardia y tradición. Se recurre ahora a la lectura mediadora de Ángel Crespo y se ponen al descubierto las actitudes de los jóvenes vanguardistas de los años 40 en relación con el autor de *Imagen*. Se habla, además, de la recepción de la obra en «los poetas del cincuenta». Otros artículos están dedicados a Luis Rosales y al más desconocido Antonio Pereira. Retorna, sin embargo, a la poesía y a la obra de Ángel Crespo. Y hace bien en destacar a esta figura, polifacética y extraordinaria, que vivió a menudo al margen de la escena literaria española y que contribuyó, como pocas, a dinamizar la cultura y la literatura en nuestra lengua. El investigador analiza las diversas etapas que conforman la poesía de Crespo y muestra una trayectoria que, si parte del postismo y de otras inquietudes de los años 40, se despliega por las vías más vivas de la modernidad hasta convertirse en una poesía metafísica de naturaleza cada vez más personal. Buen amigo de Crespo, Balcells conoce la biblioteca y los libros que leyó. Resulta curioso, por ejemplo, los subrayados que el autor de *Una lengua emerge* hace en la antología de la poesía de Huidobro, publicada en Ediciones Júcar, en 1980. Crespo halló aquí, sin duda, auténticas «cifras» de su propia poesía: «el poeta es un pequeño dios», «todos los siglos cantan en mi garganta».

De Jorge Guillén a Antonio Gamoneda atiende, asimismo, a la intensa actividad crítica de Ángel Crespo. Se habla de la publicación *Guerra en España*, el libro juanramoniano recopilado por Crespo y que borró del panorama historiográfico la idea del poeta al margen del mundo. No faltan tampoco alusiones a la gran actividad traductora (Dante, Petrarca, Pessoa) y al papel que desarrolla como orientador y crítico al frente de diversas publicaciones. En Puerto Rico, se señala, funda y dirige *The Art Review* durante los años 60; también, en esta misma época, pone en marcha la influyente *Revista de Cultura Brasileña*. Crespo es así, según sugiere Balcells con acierto, una de las personalidades más interesantes de la literatura española de siglo XX. La variedad de intereses intelectuales, la traducción, la crítica, los ensayos, la creación poética, así lo testimonian. De igual manera se interesa por el arte, una preocupación ausente con frecuencia en la literatura española contemporánea. Se trata de uno de los motivos que comparte con otro poeta estudiado aquí. Me refiero a José Corredor-Matheos.

Inteligente crítico de arte, José Corredor-Matheos es, acaso como Crespo, un poeta casi secreto que vive al margen de los lugares en que se diseña la historia literaria. Corredor-Matheos es conocido en Canarias por su presencia como crítico de arte. Participa, por ejemplo, en el ciclo de conferencias organizado por Carlos Eduardo Pinto en torno a la exposición dedicada a Juan Ismael por el Centro Atlántico de Arte Moderno, en 1998. Su poesía es, sin embargo, un coto al que sólo han accedido lectores muy avisados. El mismo Ángel Crespo realizó el prólogo a su *Poesía (1951-1975)*, editado por Plaza y Janés en 1981.

Resulta singular la trayectoria a partir de los años 70, cuando el poeta depura progresivamente su lenguaje y emprende un diálogo con una tradición que procede del

Antonio Machado creador de los apócrifos, y que enlaza con la lectura de la poesía oriental en Europa y en España. El haikú, según destacó Pedro Aullón de Haro, fue una forma poética que sedujo a numerosos escritores durante «la edad de plata». Corredor Matheos va, sin embargo, más allá y se aproxima a las fuentes de las que procede, se acerca a las tradiciones poéticas orientales. Así se muestra en la escritura despojada de *Carta a Li-Po*. Balcells, que sí conoce bien cómo se entretajan las historias de la literatura en España, señala la recepción de esta obra entre los más jóvenes, entre aquellos en los que la lección poundiana condujo a las fuentes chinas y japonesas, acaso para que Corredor Matheos comience a verse en el lugar que merece. Cita, por ejemplo, estas palabras de Pere Gimferrer dedicadas en 1976, desde las páginas de *Destino*, a la singular obra:

«No sólo Li-Po: Wang Wei o Tu Fu están cerca, despojados, eso sí, de su sensorialidad, concentrados en la bruñida y elíptica desnudez de una expresión que descubre la claridad vacía de lo visible. Pero tampoco estamos lejos del haikú japonés».

De esta manera, la travesía crítica llega hasta Antonio Gamoneda, el poeta vindicado en estos últimos años. Balcells, como Jaume Pont en torno a Ory y los postistas o como Miguel Casado en sus lecturas de Gamoneda, enseña un panorama poético por el que, sin duda, debe adentrarse la investigación más a menudo. Balcells, en este recorrido *De Jorge Guillén a Antonio Gamoneda*, trae a nuestro presente, como en el conocido soneto, «callados contrapuntos» que merecen ser escuchados con mayor atención.

Nilo Palenzuela